

bres, no os turbará vuestra paz; allí ningún rumor mundano, ningún eco del popular bullicio irán á arrancar un suspiro de distraccion ó de enojo á vuestros labios entreabiertos para la oracion.

IV.

Así es que si hay una orden que yo respeto y amo con todo mi corazón sobre todas, es la del monte Carmelo, es aquella orden santa cuyo origen asciende, dicen, al profeta Elías, y que la bienaventurada Teresa reformó y constituyó en la regla que la rige actualmente. ¡Antigua y venerable montaña, velada por un pasado sublime, augusta y primera razon de todas las órdenes monásticas, sagrada colina de Oriente, tan amada por San Juan de la Cruz, cuán gratas al Señor son sus flores, cuán dulces y halagüeñas para las almas vírgenes!

La orden del Carmelo, la mas santa, la mas ilustre de las órdenes, es la única que realiza plenamente aquella vida excepcional que comprendemos que no puede ser jamás ni demasiado celeste, ni demasiado austera, ni demasiado extraña á las cosas de la tierra. Allí están las privaciones sin fin, la abnegacion sin fin de los intereses percederos; la oracion sin fin, la rigidez, las mortificaciones, las humildades sin fin: allí reina el cilicio con todas sus asperezas; allí reina la piedad con todas sus puras é incansantes iniciaciones; el ayuno perpetuo con todas sus inflexibilidades. ¿Sabeis cuál es la obra principal de las religiosas carmelitas? . . . Rezar, y rezar dia y noche por aquellos cuyo corazón está cerrado á la oracion; sufrir por los felices; contribuir con sus instancias, con sus fervientes súplicas á salvar almas que no se ocupan en el cuidado de su salvacion. ¿Hay muchas obras mas meritorias y mas pías en la tierra?

V.

¡Respeto, pues; respeto al claustro! Para esas vírgenes que sufren, nada es tormento; para esas vírgenes que hacen oracion, ningún instante del dia es de huelga ó ociosidad; y cuando el corazón ha cesado de cantar, todavía las manos piensan en los pobres. Hay árboles que no dan frutos visibles, apropiados á nuestros pasajeros apetitos de la tierra, pero que se limitan á producir todos los años, flores que embalsaman la ribera, que beben, absorben y neutralizan los olores insalubres, las exhalaciones mecticas; tales son los claustros en general, tal es la santa orden del monte Carmelo en particular.

¡Respeto, respeto, pues, y paz al claustro, asilo de poesia, de misteriosas iniciaciones, especie de purgatorio terrestre donde las almas formadas para el cielo van á prepararse á la eterna presencia de Dios!

ESTADO DE LA RELIGION EN EL MUNDO.

Hace veinte siglos que no habia mas religion en la tierra que la pagana y la judaica, la cual habia disminuido considerablemente desde la cautividad de Babilonia. La distincion mas esencial entre la religion de los judíos y la de los gentiles, consistia en que los primeros adoraban á un solo Dios, de quien habian recibido, por medio de los profetas, libros y escritos que contenian los preceptos que habian de observar, y los ritos que habian de practicar para complacerle, mientras que los gentiles, aunque reconocian un Ser Supremo, tributaban adoracion á una infinidad de dioses imaginarios y de objetos materiales, por no tener libros en que la voluntad de Dios estuviese manifestada. La religion tomó un nuevo aspecto con la venida de un Mesías mandado del cielo para enseñar á los hombres una vida eterna en gloria, y mostrarles el camino de conseguirla. Los judíos rehusaron admitir á aquel Dios celestial, por venir en pobreza y oscuridad, en lugar de aquel poder y majestad con que creian debía venir revestido; pero los gentiles, que no tenian profecias ni circunstancias anunciadas con la venida de un legislador espiritual, examinaron solo la pureza de la doctrina, y hallando que la del Evangelio tenia mas derecho á su aprobacion que ninguna otra, la fueron abrazando, hasta venir á ser universal en todo el imperio romano, que comprendia entonces toda la Europa con parte del Asia y Africa. Dos lenguas eran entonces las predominantes del imperio, la griega y la latina, y pronto comenzaron las dimensiones entre las dos liturgias, envolviendo disputas que después de dos siglos causaron una division, mas en la ceremonia que en la sustancia.

Enervada en parte la eficacia de la religion cristiana en Asia por la subversion del imperio romano, con el cual estaba identificada, mucho mas por la negligencia de los ministros griegos y latinos, y mas que todo por la ignorancia y supersticion grosera del pueblo, estaba expuesta á cualquier choque que le opusiera un hombre atrevido. Mahoma observó la ocasion, y estando dotado de todas las cualidades que debe poseer un impostor, se presentó al público y declaró su mision. El atrevido árabe no tenia talentos ni influencia para predicar una religion diferente; pero tenia sagacidad bastante para descubrir abusos, resolucion para atacarlos, impudencia para proclamarse profeta, y fanatismo para sostener sus soñadas revelaciones. Lejos el apóstol de la Meca de las metropolitanas griega y latina, tuvo tiempo para diseminar su doctrina por gran parte del Asia sin contradiccion alguna; y cuando se consideró poderoso por el crecido número de prosélitos, tomó el sistema de propagacion seguido

muchos siglos antes por Moisés, Josué y David. En lugar de ministros de paz enviados á predicar la ley á naciones extranjeras, á pié, con una sola túnica y sin mas fuerza que la de la palabra y el ejemplo, como habian hecho los apóstoles del Evangelio, Mahoma marchaba al frente de ejércitos irresistibles proponiendo á los pueblos la dura alternativa del Alcorán ó del tributo, de la esclavitud ó la muerte; por este medio quedó extendida su ley por casi toda el Asia, llevada después por sus emires al Africa, por los tenientes del califa á España, y por los turcos á la Grecia.

La religion cristiana continuó por varios siglos reducida á la parte occidental del imperio romano bajo el carácter distintivo de la iglesia latina, y en gran parte del Oriente y Norte de Europa bajo el nombre de la iglesia griega, hasta que por el descubrimiento del cabo de Buena-Esperanza fué llevado el Evangelio á las costas de Asia por los portugueses, y promulgado en el Nuevo-Mundo por la navegacion y conquistas de los españoles.

A este mismo tiempo se preparaba una nueva division en la iglesia latina, con los predicadores de la heregia de Lutero y otros gefes de ella. Por desgracia intervinieron intereses politicos los mas complicados, ocasionando guerras civiles y persecuciones crueles, las que produjeron un rompimiento eterno entre la Iglesia romana y las varias sectas que protestaron contra las decretales pontificias. Estas diferencias religiosas tenian un carácter tan politico, que era un dicho muy comun que si Felipe II de España se hubiera hecho protestante, Holanda é Inglaterra se habrian reconciliado inmediatamente con el Papa, y á esto se debe atribuir la anomalía de un cisma irreconciliable entre dos iglesias que profesan el mismo Credo sin variar una coma, y los mismos artículos de fe, á excepcion de uno ó dos.

Así, pues, hallamos el presente estado de religion dividido en *judíos, cristianos, mahometanos y paganos*. Entre los judíos no hay division con respecto á sus artículos de fe, ni interpretacion de las profecias, aunque tengan en cada nacion un ritual particular. Los cristianos están divididos en griegos, católicos y protestantes, y estos últimos están subdivididos en sectas numerosas, entre las que hay enemistad no menor que la que todos ellos profesan á los católicos. Los mahometanos se dividen en dos sectas: 1.º La secta de Ali, seguida por los árabes, turcos y africanos; 2.º La secta de Ali, seguida por los mahometanos de Persia y de la India, y en honor de estas dos clases debemos observar que no hay el menor odio ni persecucion entre los que profesan el Alcorán. Los paganos se dividen: 1.º En indostanes, sianeses y chinos. 2.º En paganos que reconociendo un Ser Supremo, le adoran bajo formas materiales y groseras, como el sol, el fuego, rios, animales &c. 3.º Paganos con una idea perfecta de Dios y de sus atributos, y ciegamente engañados por sus fetises, shamans y agoreros miserables, tienen lugares consagra-

dos á los viles insectos que adoran, y algunas ceremonias religiosas como los africanos é isleños del Mar Pacifico. 4.º Paganos que no tienen idea clara de divinidad alguna, lugares de adoracion ni ceremonias religiosas, como los indios pampas y patagones en el Sur y otras varias tribus en el Norte de América.

La tabla siguiente da una idea la mas exacta que hemos podido deducir de las varias relaciones hechas por los mas sabios escritores sobre este particular.

Habitantes del mundo, setecientos sesenta millones. 760

CREENCIAS.

Judíos, cuatro millones	4
Cristianos griegos, setenta millones	70
Católicos romanos, ciento treinta y cinco millones.	135
Protestantes, ciento treinta y un millones	131
Mahometanos, ciento y diez millones.	110
Paganos, trescientos diez millones	310
TOTAL	760

Cuadro ciertamente consolador, y cuyas dimensiones va extendiendo cada dia prodigiosamente Dios. La voz de los apóstoles, que resonó un dia en todo el universo, vuelve á sonar de un modo poderoso en nuestro siglo en todas las partes del mundo. La sangre de los misioneros de la Cruz ha corrido y está empapando la tierra de la Cochinchina, de la China, de Tonkin y de la Corea: allí está el altar donde se continúa de una manera sangrienta el sacrificio de Jesucristo, allí se atraen inmensas bendiciones sobre todo el catolicismo, y particularmente sobre esos paises áridos hasta el presente para la fé católica, y que van á ser fecundados por la gracia. Ya las puertas eternamente cerradas se entreabren, y no es solo la civilizacion europea la que va á entrar por ellas, sino otra cosa mas poderosa, mas permanente y eterna, la Cruz y la palabra de Jesucristo. En otro tiempo las legiones de Roma recorrian vencedoras el universo, y abrian por todas partes esos grandes caminos por donde la Cruz triunfante ha pasado para ir hasta las extremidades de la tierra: hoy es el cañon de la heregia, la Inglaterra, la que nos abre los caminos de estas regiones; y cuando la puerta se abre para el error, la verdad sabrá penetrar bien por ellas: muy pronto veremos la Cruz llevada á las almas que gimen en *las tinieblas y en las sombras de la muerte*, veremos la sangre de nuestros misioneros producir nuevos cristianos, y esta simiente de eternidad manifestarse por frutos de eternidad. Hay signos que no podemos interpretar de una manera completa, pero que indican que el espíritu de Dios va á pasar por allí, y que va á consumarse en aquellos paises una gran renovacion. Los hombres de la China van á ser nuestros hermanos, y la iglesia los adopta por sus hijos

En la Oceanía todas las maravillas hechas en otro tiempo por los misioneros del Paraguay se renuevan bajo una influencia toda cristiana, episcopal y apostólica. Hombres groseros, de aspecto y costumbres salvajes, horribles hasta el punto de devorar á sus semejantes y alimentarse de sangre humana se convierten hoy en sumisos como corderos; dóciles á la palabra se dejan conducir como niños, y lo son en realidad, porque los pueblos ignorantes de todo se hallan en una verdadera infancia; empero la palabra de Jesucristo ha penetrado en sus corazones, les ha dado el instinto de la verdad, y con esta palabra la dulce caridad se ha insinuado en sus almas, y el instinto feroz que los inspiraba se ha trocado por una dulzura evangelica; marchan por el camino de la civilizacion conducidos por la religion; y cuando la influencia cristiana es combatida en esos paises, es por la heregia, ó por el espíritu de impiedad ó de irreligion; pero Jesucristo triunfa, la Cruz se pasea al través de este nuevo Océano, y todas sus islas llevan sobre sí la marca del signo santo de la Cruz.

En Africa se ha hecho una tentativa para civilizar los negros; atraerlos á la verdad; hacerlos conocer la dignidad del hombre que proclama el Evangelio; probarles que son hombres como nosotros; que tienen un alma para amar, una inteligencia para comprender, y que en Jesucristo no hay distincion entre hombres libres y esclavos, blancos y negros, sino que todos somos hermanos regenerados por él, porque su precioso sangre todo lo salvó, todo lo santificó.

En Argel, si los ejércitos franceses han triunfado y arrancado á los bárbaros ese pais, de quien habian hecho un inmenso calabozo para atormentar á los cristianos que cautivaban en sus atrevidas paraterias, aun no han sido sus armas bastante poderosas para plantar en él la civilizacion. El cristianismo solo le humanizará, y mas han adelantado en poco tiempo para la causa de la verdad los trapenses y las hermanas de la caridad, que han marchado á aquellos abrasadores climas, que las legiones de Luis Felipe; porque es preciso que sea la palabra y no el acero el que mueva los corazones.

La América del Norte se halla dividida en sus creencias como en su estado político, y las sectas se destruyen allí por sus subdivisiones mismas, de modo que la victoria, el triunfo definitivo está reservado á la comunión que no se divide jamás. Solo el catolicismo no se fracciona allí, porque es inmutable, porque tiene una base eterna, y así crece y se extiende todos los días, y muy pronto absorberá todas esas particulas, todas esas fracciones que diariamente van disminuyéndose en torno suyo, y concluirá por sepultarlas en su unidad.

Lo que sucede hoy en Inglaterra es providencial, y da grandes y consoladoras esperanzas á los corazones llenos de fe. Cincuenta años hace cuando una terrible tempestad revolucionaria descargó sobre la Francia, cuando un furioso aquilon destruyó los templos, derribó los altares, proscribió el culto y barrió hasta las ideas religiosas y morales; la tempestad llevó la simiente de la verdad á la Inglaterra. Así el grano arrebatado por el viento va á caer sobre una

roca desecada sobre que hay una poca de tierra, y prende en ella, y se arraiga, y se convierte en frondoso árbol. Esta tierra árida, seca, era la Inglaterra, donde la simiente del cielo ha dado ya admirables frutos, donde una generacion educada por los sacerdotes franceses emigrados ha creído, y ha llegado ya á emancipar á los católicos, donde diariamente se ven desertar de las filas del protestantismo numerosas familias para pasar á la Iglesia católica. Sí, nos otros nos atrevemos á profetizarlo: la Inglaterra, donde tantos prodigios de fe y de caridad ha obrado Dios, la Inglaterra, patria otro tiempo de tantos santos, donde tan esplendente se mostró el culto del catolicismo, volverá á ser otra vez hija fiel de la Iglesia de Dios.

Con tales caracteres de vida se presenta el porvenir del cristianismo; la voz de nuevos apóstoles resuena por todas partes, la Cruz va avanzando en sus conquistas hasta los últimos confines de la tierra teñida en la sangre de los discípulos de Jesús. La Cruz ha prendido con hondas raíces en la tierra, la vemos brillar en lo alto de las torres, en medio de los caminos y plazas públicas, presidiendo en los tribunales y en las asambleas populares, resplandeciendo en el pecho de los valientes escapados del peligro de la guerra, protegiendo la cabaña del pobre, honrando la casa de los ricos, cubriendo el sepulcro de nuestros abuelos, hasta que resplandezca triunfante de los siglos en el último día del juicio en manos de la víctima del Gólgotha, entre los abrasados escombros y humeantes ruinas del mundo.

LA ASUNCION DE MARIA.

(SU FESTIVIDAD EN 15 DE AGOSTO.)

Si la culpa de una mujer privó á la humanidad de su primitiva pureza, de la vida eterna y de las delicias del paraíso terrenal, una mujer tambien debia redimir á la humanidad de la muerte y del pecado.—personificados en la Virgen Maria los padecimientos de la tierra, debian levantar como ella sus cabezas desoladas, y á la madre del dolor debia suceder la madre de exaltacion. Recordada por el primer hombre aquella consoladora profecía en que Dios, aun castigando, revelaba su amor paternal, atravesó los siglos como una blanca estrella que promete la aurora: siempre brilló encima de las tinieblas que las generaciones condensaban en derredor de sí, hasta el día en que la aurora de la redencion, cuyo mensaje era, vino á resplandecer sobre el mundo.

Conocida es aquella vision celestial que tuvo en los tiempos antiguos san Juan Evangelista, cuando gozando de las dulzuras de un santo retiro en la is-

la de Patmos, y conversando con Dios, fué arrebatado en éxtasis, y vió aparecer en el cielo un signo prodigioso. Aquel signo era una mujer rodeada de luz y de gloria, que tenía la luna bajo sus pies y llevaba en su cabeza una corona de doce estrellas.

Hermosa figura de la Virgen María, que sola entre todas las mujeres, fué rodeada del sol de la pureza! La luna que está bajo sus pies es el símbolo del mundo, del cual es la protectora, y la corona de doce estrellas representa los doce misterios que consagraron su vida.

Su inmaculada Concepcion. Cuando despues de haber existido por toda la eternidad en la mente de Dios, fué concebida en las entrañas de su madre Ana, esposa de Joaquin, y entonces no recibió la mancha del pecado original, porque segun la hermosa expresion del cardenal Pedro Damien, debia servir á Dios como de un lecho de descanso, despues del pecado del ángel y del hombre.

Su Navidad, de que se regocija toda la tierra, como de una primera revelacion de la gracia: *su Presentacion á Dios* en el templo, tres años despues de su nacimiento, y la consagracion de su tierno corazon como un inocente altar. *Su Casamiento* á la edad de quince años con un justo, el carpintero José. Aquella misteriosa *Anunciacion* que introdujo tanta turbacion y tanta alegría en su casto corazon. *Su Visitacion* á su parienta Isabel cuando despues de haber salvado las montañas de Judea con fervor, entró en casa de la santa, que exclamó, al verla: "¿De dónde me viene la dicha de que la madre de mi Señor se digne visitarme?" *Su Alumbramiento* en el pesebre de Belén, y la contemplacion estática de lo que pasaba en ella. *Su Purificacion* cuarenta dias despues de haber parido al Hijo de Dios, no porque fuese obligacion de ella, pues habia conservado siempre la pureza, sino porque queria obedecer la ley. *Su Pasion* en la de su hijo, y los siete dolores que traspasaron su corazon. *Su Muerte,* ó por mejor decir, su dulce letargo, que fué el preludio de un sublime despertamiento. *Su Asuncion,* cuando depositada apenas en la sepultura de Getsemani, fué trasportada al cielo en las alas de los ángeles. Y en fin, *su Coronacion* en el cielo en medio de las santas falanges que cantaban su gloria.

Estos dos últimos misterios son los que la iglesia ha querido consagrar instituyendo una fiesta anual, que al principio se celebró el 18 de Enero, y luego se fijó definitivamente el 15 de Agosto: esta fiesta subsiste desde los primeros tiempos de la iglesia, á la cual la han trasmitido sus pastores con el sagrado depósito de la fe. Una serie no interrumpida de pasajes claros y terminantes de los Padres mas respetados, da testimonio del origen y conservacion de aquella memorable festividad, la primera de todas las que celebra la iglesia en honor de la Virgen.

La festividad de la Asuncion se celebraba con gran solemnidad antes del siglo X en la iglesia latina y en la iglesia griega: el emperador Constantino Porfirogeneto describe la gran procesion con que la corte y el clero de Cons-

tantinopla solemnizaban la fiesta del *descanso* ó Asuncion de la bienaventurada Virgen María. El emperador Mauricio mandó en 602 que se celebrase el descanso de la Santa Virgen, determinando, en virtud de una ley, la traslacion de la festividad, del mes de Enero al mes de Agosto, autorizada ya por muchos obispos. Les capitulares redactadas en Aquisgrán en 817, bajo el reinado de Luis el Bueno, fijan esta festividad en el dia 18 antes de las calendas de Setiembre, esto es, en el 15 de Agosto; pero esta traslacion tardó mucho en recibirse en algunas iglesias.

En los antiguos devocionarios esta fiesta se llama indiferentemente *Asuncion*, el *tránsito* ó el *descanso de la Santa Virgen María*.

Es la primera de todas las fiestas de la Virgen, porque es la consumacion de todos los misterios de su admirable vida. Allí es donde comienza su verdadera gloria, y donde reciben su merecida corona todas las virtudes que veneramos simplemente en sus otras fiestas.

¡Cuál no debió ser, en efecto, la alegría de los ángeles, de los serafines y de todos los moradores del cielo, al contemplar la divina hermosura de que acababa de ser revestida María!—¿Quién es esta, decian, que sube del desierto, llena de delicias y apoyada en su amado?"

¡Recompensa completa de los méritos de su larga vida, de su constante fidelidad á las gracias del Señor, de los fervientes desvelos que le prodigó durante su peregrinacion por la tierra, de sus padecimientos al pié de la Cruz, y de los largos años de espera que siguieron á ellos!

Pero tambien ¡cuál no habia sido la ternura del hijo hacia su madre!—"Vos me habeis, le dijo, servido mas que todos los demás en mi estado de humillacion, y yo os haré participar mas que á todos los demás de mi gloria; yo he recibido de vos mi humanidad, y yo os comunicaré las riquezas de mi vida inmortal."

Así la mujer se alza y quebranta la cabeza de la serpiente.

Cuando la Virgen se hallaba sobre la tierra, sus súplicas, sus oraciones tenían sin duda una gran eficacia, y eran superiores á las de Abraham, de Job y de Elias; ahora que se halla sentada sobre el trono levantado á su humildad, ¡cuán grande, cuán poderosa debe ser su intercesion!

"Teneis derecho de aproximarnos á Dios con confianza, dice San Bernardo, porque teneis la madre por abogada cerca del hijo, y al hijo por mediador cerca del padre. La madre enseña al hijo el pecho que le alimentó, y el hijo presenta al padre sus llagas y el costado abierto por el hierro de la lanza."

Ved aquí cuáles son las recomendaciones de la Iglesia para corresponder á sus miras.—Dar gracias por lo que su misericordia ha hecho en la Asuncion á favor de la santísima Virgen.—Practicar las virtudes de que ella nos dió ejemplo.—Implorar la divina misericordia por su poderosísima intercesion.

LOS DOS ALELIES.

Altivo doble aleli,
Orgullosa con su brillo,
A humilde aleli sencillo
Imprudente hablaba así.

Mira el lujo con que ostento
En mi flor pétalos mil,
Engalanando el pensil,
Del que soy bello ornamento.

La hermosa con blanca mano
Toma un ramo de mi flor,
La embalsamo con mi olor
Y en su pecho brillo ufano.

De todos fijo la vista,
Y me cuida con esmero
Desde el simple jardinero
Hasta el preciado florista.

Confinado tú á un rincón,
Y entregado á oscuro olvido,
Ni siquiera has atraído
Miradas de compasión.

Modesto, pero sensible
El provocado aleli,
Al verse tratado así
Repuso en tono apacible.

Tu infundada vanidad
Merece trato algo duro;
Mas solo el lenguaje puro
Oírás de la verdad.

Adquiriste el esplendor
Cambiando por la semilla
Oropel de cascarrilla,
Brillante, mas sin valor.

Y si de él haces alarde
Ante el sol de la mañana,
Pasó cual la sombra vana
Y no existe por la tarde.

Gozaste celebridad
Que contigo ha de morir,
Yo consigo porvenir
Dejando posteridad.

Tu soberbia está fundada
En el brillante ropaje:
Desnudándote del traje,
¿Qué hallan en tu fondo? Nada.

—Justamente aplicaría
El diálogo que refiero
A muchos hombres del día;
Folleaje, palabrería,
Y en fondo de ideas... cero.

BAEZA.

ESTELA.

6

PELIGROS DE LA LECTURA DE LAS NOVELAS.

Quando se recomienda á los jóvenes que consagren sus horas de recreo á la lectura de obras inocentes é instructivas, y se procura precaverlos de los peligros que acarrea siempre la lectura de las novelas, la inexperiencia de su edad, el atractivo de las invenciones y la inquieta curiosidad que los devora, los hace cerrar el oído á estos prudentes consejos, y sin curarse de ellos en lo mas mínimo, se abrevan hasta las heces del veneno que se quiere apartar de sus labios. Por muy lastimosa que sea esta ceguedad, las causas que la producen pueden á lo menos hacerla comprender, y cuando la juventud, triste victima de sus errores, se ha precipitado de caída en caída hasta el fondo del abismo, cuando crueles desengaños han cegado en su corazon la fuente de las ilusiones, y viene llorando á hacer una tardía confesion de su arrogancia y de su imprudencia, ¡oh! entonces ¿quién no compadecerá su extravío y sus desgracias? ¿Y quién no se apresurará á enjugar sus lágrimas, iniciándola en un género de felicidad inalterable y puro que empezó por desdeshar?

Pero lo que explican la edad, la inexperiencia y el ímpetu de las pasiones, ¿cómo concebirlo en la conducta de los padres? Algunos hay que ni siquiera aguardan al momento en que se han de desarrollar las inclinaciones viciosas de sus hijos, y que fomentan y aceleran el vuelo de las pasiones; otros dan continuo pábulo con estúpida impaciencia al foco volcánico cuya explosion debe destruir para siempre el reposo de su vida y la felicidad de sus cansados años. Y sin embargo, continuamente tienen á la vista mil ejemplos de las desgracias causadas por la lectura de las novelas; saben que esa lectura obceca el entendimiento extraviando el corazon; saben que las novelas susstituyen á la vida real y positiva una vida ideal y fantástica, y que no pueden producir otro efecto mas que el prestigio y la seduccion. ¡Pues bien! á pesar de todas las lecciones de la experiencia y de la razon, pondrán en manos de sus hijos aquellas mismas novelas que han hecho naufragar tantas virtudes juveniles. ¡In-sensatos! pero si la suerte de sus hijos no excita bastante su desvelo y su ternura, piensan á lo menos en la suerte que á ellos mismos les espera, y cumplan sus deberes á lo menos por interés.

Varichales.

Tom. II.—11.

Vivia no ha mucho tiempo en un pequeño pueblo de provincia un honrado padre de familia, el cual quedó viudo después de seis años de la union mas feliz; gozaba del aprecio general, y en todos los pueblos circunvecinos se le citaba como el modelo de los esposos y de los padres. Excepto el dolor que le causó la muerte de su mujer, nada igualaba á su ternura hacia su hija Estela, y este sentimiento le habia impedido formar nuevos vinculos, aunque era todavía muy jóven. El bello carácter y las felices disposiciones de Estela justificaban el cariño que le profesaba su padre: todo anunciaba que sería el consuelo y el orgullo de su ancianidad. Los años se deslizaban dulcemente en medio de los desvelos prodigados á su infancia, y la jóven Estela crecía en gracias y en virtudes; el padre se engracia de las prendas de su hija, creía ver en ella á la esposa que habia perdido, y su dolor iba mitigándose poco á poco, hallándola cada dia mas perfecta.

Ya habia llegado entre tanto la hora de la adolescencia, crítico momento en que debian ser mas constantes y asiduos que nunca los cuidados y la vigilancia del padre, porque no basta haber custodiado la infancia de una niña y haber inculcado sanos principios en su corazon; es preciso tambien acudir en su ayuda en el momento en que una vida nueva se desarrolla á sus ojos, en el momento en que se entabla la lucha entre la conciencia del bien y el sentimiento confuso, indefinido, oscuro todavía, del error y del mal. Ahora bien, el padre de Estela no supo comprender esta verdad, é hizo disiparse por su culpa sus pasados desvelos y las esperanzas que habia formado para el porvenir. Un dia, hallándola mas triste y pensativa de lo acostumbrado, quiso probar á distraerla, y no halló para ello medio mejor que el de hacerle leer una novela, muy inocente, decia él, en la forma y el fondo. — «Además, discurría aquel obcecado padre, mi amada Estela tiene bastante juicio y sensatez para separar la ficcion de la verdad, y para no tomar con seriedad las aventuras quiméricas y las frases sentimentales de que están llenas las novelas; esta lectura desarrollará su inteligencia, y le hará conocer mejor el mundo en que va á entrar.»

«Desgraciado padre! crees que se aprende en las novelas á conocer el mundo y los hombres? En ellas todo es falso, los hombres como las cosas; la naturaleza no se muestra mas que al traspasar de un prisma engañador, y cuando un jóven se halla trasportado de repente lejos de aquella belleza ideal y de aquella brillante fantasmagoría al mundo real y en medio de la sociedad positiva, la extraña desproporcion que observa, le inspira en breve una invencible aversion á sus relaciones y á sus deberes. La jóven Estela, después de haber leído aquella primera novela, pidió otra á su padre, que no opuso dificultad alguna en confíársela, y á esta sucedieron otras varias. No tardaron en manifestarse los frutos de aquellas lecturas: aquella niña, antes tan tímida y modesta, gustaba de tener largas conversaciones misteriosas con otras loquillas de su

edad; observábase en sus ademanes y en su voz un no sé qué de afectado y de solemne; desatendia sus ordinarias ocupaciones; estaba siempre seria y melancólica; en una palabra, todo su prurito era hacer el papel de una heroina. Sencillo antes y modesta en el vestir, habiase hecho coqueta y vana en demasia. En vano buscaba el padre á su hija, empezando ya á apercebirse de la enorme falta que habia cometido; pero ya era tarde, el mal ya estaba hecho. Hizo desaparecer todas aquellas novelas que habian alterado el candor de un alma tan bella; esperó que su hija olvidaria con el tiempo todas las necedades y todas las locuras que habia bebido en sus libros, y que volvería á mostrarse siempre digna de su virtuosa madre y de él. ¡Desventurado! su hija estaba perdida para siempre.

Todas las precauciones que tomó para destruir hasta el recuerdo de las novelas, fueron inútiles. Estela empleaba todo su ingenio en proporcionarse continuamente otras nuevas, burlando la vigilancia de su padre, y cuando por la noche la creía retirada en su estancia, estaba ella devorando en silencio las novelas que le daban sus amigas. Mas de una vez no temió comprometerse aceptando libros detestables de manos de jóvenes que trataban de empezar por romperla, para seducirla luego mas fácilmente.

El padre estaba desesperado de ver á su hija rebelde á sus consejos, ella antes tan respetuosa y tan tierna. ¡Ah! cuántas veces exclamó sollozando: — «¡Desgraciada madre! ¡por qué nos fuiste arrebatada tan pronto! ¡Tú hubieras sabido mejor que yo dirigir su juventud, tú hubieras hablado á su corazon, y mi hija se hubiera corregido, y su perdicion no me causaría hoy un dolor mas cruel todavía que el que desgarró mi alma cuando vino la muerte á herirte en mis brazos!» Estela entraba entonces en los diez y ocho años.

Un rayo de esperanza brilló entonces á los ojos del desgraciado padre: un jóven, nacido en el mismo pueblo, de una familia de comerciantes, honrado y laborioso, pidió la mano de Estela, y el pobre padre creyó que estableciendo á su hija, los cuidados de la casa, los tiernos desvelos de la maternidad imprimirían otra direccion á sus ideas. Sonreía de antemano á las gracias de sus nietezuelos que dividirían con su madre toda su ternura, y cuyas inocentes caricias le recompensarian de todas sus inquietudes y penas pasadas: en un momento se desvanecieron estos dulces sueños. Estela se encogió de hombros con desden cuando su padre le propuso por marido el jóven Bernardo, y declaró que por nada en el mundo consentiria en ser la esposa de un fugareño sóez, que no tenia la menor delicadeza de sentimientos ni de modales; que aquel hombre no la comprendería, que ella tenia una sensibilidad demasiado exquisita y un alma demasiado elevada; que nunca se casaría sino con un hombre que simpatizase con ella, que despreciase como ella una vida prosaica y vulgar, y cuyo noble y exaltado carácter fuese su orgullo y su alegría.

Toda ilusión, toda esperanza quedaban para siempre cerradas á aquel tiempo padre, quien conoció que la cabeza de su hija estaba enteramente trastornada, y que no tardaría su corazón en extraviarse; una negra tristeza se apoderó de él, y su salud declinó rápidamente. Estela le prodigaba los cuidados que reclamaba su situación, aliviaba sus padecimientos físicos, pero no quería comprender aquellos tormentos morales, aquellas crueles angustias, que desgarraban su corazón paternal. En vano clavaba en ella sus ojos mates, hundidos en sus órbitas; en vano se exhalaban de su pecho desecado largos suspiros: Estela compadecía sus dolores, lloraba sus males, pero las lágrimas que vertía no eran las que esperaba su padre. El desgraciado, todavía en la flor de su edad, luchaba contra el mal que le devoraba lentamente, y la enfermedad se prolongaba.

En estas crueles circunstancias, un oficialito, pariente lejano de la familia, fué á pasar algunos días de licencia en casa del padre de Estela. Su intrépido continente, su tono breve y decisivo, su rara arrogancia hicieron una viva impresion sobre la novelesca doncella; las relaciones de sus campañas, de los peligros verdaderos ó supuestos que habia corrido, inflamaron su imaginacion juvenil, y luego, cuando contaba las magnificencias de la capital, las pompas de los teatros, de los bailes, de los paseos, escuchábale ella pendiente de sus labios, palpitándole el pecho. «¡Oh! qué diferencia tan inmensa establecia su imaginacion entre el brillante oficial y el hombre Bernardo que habia osado aspirar á su mano! Creia ya, en fin, tener delante de sí uno de aquellos seres maravillosos, uno de aquellos héroes de dulce lenguaje, cuyo modelo le habian pintado las novelas; creíase la mujer mas feliz del mundo. El oficialito, acostumbrado á aquella clase de victorias, conoció en breve la flaqueza de Estela; aduló sus gustos, exaltó su imaginacion, habló á su alma, prodigó los rendimientos y las promesas, y sedujo á Estela.—Ocho dias después volvió el seductor á su regimiento.

Llegué yo una noche al pequeño pueblo de***; una fábrega comitiva se dirigia al cementerio de la parroquia: mas de quinientas personas seguian el ataúd. Pregunté á una anciana, sentada delante de su puerta, y á quien los años impedian agregarse al séquito, la causa de una afluencia tan extraordinaria.—«¡Vé V., me dijo, aquella sepultura que se abre junto á la gran cruz! Va á recibir á la madre y al hijo. ¡Pobre Estela! Hace algunos meses la propofiamos por modelo á nuestras hijas, pero se dice que las novelas la han perdido: cometió una falta, y el arrepentimiento y el dolor la han conducido al sepulcro.—¡Cuál no seá, exclamé, la desesperacion de su pobre madre!—Por fortuna, me respondió, su madre murió hace mucho tiempo.—¿Y su padre?—Su padre se lia vuelto loco.»

Al dia siguiente fui á pasearme por el cementerio, reflexionando sobre el tris-

te espectáculo de que la casualidad me habia hecho ser testigo: de repente, un hombre alto y delgado, jóven á juzgar por su porte, pero de rostro pálido y desearnado, escaltó la tapia sin mirar que la puerta estaba abierta de par en par. Vile rondar un buen rato por entre las sepulturas, luego pararse delante de un túmulo cubierto de una densa vegetación, arrojóse sobre él, y alzando los ojos al cielo, exclamaba.—¡Oh esposa mia! ¡por qué no morí contigo quince años antes? Parecia que ya no tenia fuerzas para sostenerse: llegóse en seguida, arrastrándose sobre sus rodillas, á la huesa que ví llenar el dia antes, todo su cuerpo temblaba, como si alguna terrible vision hubiera pasado delante de él: oíle lanzar un lastimero y débil quejido; acuí volando... el desgraciado padre de Estela acababa de expirar sobre la tumba de su hija.

MUDANZAS

INTRODUCIDAS POR EL CRISTIANISMO

EN LA CONDICION DE LAS MUJERES

En el dia de la solemne prueba en que Dios quiso ver si el hombre sabia resistir al demonio, la mujer fué quien, con sus seducciones, le hizo perder las eternas felicidades prometidas á su obediencia; entonces cayó con el hombre, pero mas bajo que él, porque era la causa de su caída. Quedó degradada, envilecida, y fué el simbolo de la naturaleza sensual. El hombre la empleó como su criada y su esclava; sirvióse de ella como de un juguete para su voluptuoso recreo. Véámosla en el Oriente; jenán humilde y miserable es su destino: su amo y señor le da apenas una parte en el fustin conyugal que debe partir con otras cinco ó seis esposas. Para él, la libertad y la independencia; para él, el trabajo y sus gozes, la vida agitada, las nobles pasiones, el placer, la fama y gloria; para ella, la reclusion, la soledad y el fastidio del serrallo, para ella el vacío del corazón: vivirá desconocida, invisible á todos los ojos; no tendrá un nombre; no será madre mas que para dar la vida á hijos, que no la conocerán, y á quienes en breve olvidará ella tambien.

Cuando la humanidad se adelantó de la India y de la Persia, hácia las regiones mas libres del Occidente, hácia aquellos sitios donde la fatalidad física pesaba tan gravemente sobre ella, en las orillas del Ganges y del Eufrates se

debilita, y deja alzarse delante de ella la libertad humana; cuando el hombre empieza á emanciparse de la naturaleza, y reclama contra ella los derechos que ha recibido de Dios, escasamente admite á la mujer á participar de su emancipacion: todavia se la compra como se compra una fanega de tierra y el ginecio reemplaza al serallo: sin embargo, tambien ella empieza á salir de su degradacion.

En la Grecia, donde el hombre, juntamente orador y guerrero, no hace mas que pasar de un combate á otro, no puede ir á busear sus placeres en la mole y voluptuosa vida del Asia. El amor de una mujer basta á su corazon que llenan ya otras tantas pasiones, y como á cada instante le llaman á la plaza pública los intereses políticos, preciso es que deje á la que ha tomado por esposa envejecer sobre la cuna de sus hijos; así es que allí la mujer sabe lo que es ser madre, y se sienta sola con su marido en el hogar doméstico; pero esto fué todo lo que pudo hacer por la mujer la antigüedad pagana.

La Grecia, mundo del arte y de la belleza, habia amado á la mujer como á una cosa bella que temia marchitar. En Roma, ciudad de soldados que no conocian ni quisieron conocer mas que la guerra, pueblos de bronce cuyo corazon jamás se ablandó ante la hermosura de una mujer, la esposa no tuvo mas mérito que el de dar al Estado robustos guerreros. Allí se la ve sola en la casa conyugal, pero debajo del padre de familia, en su mano, *in manum viri*: si quiere, podrá cederla, porque es su hacienda; si bebe vino, roba las llaves ó comete adulterio, lo será permitido darle muerte sin jueces, sin testigos. Si á lo menos la mujer hubiera podido conservar aquel puesto en el hogar doméstico, acaso algún dia habiera llegado á suavizar aquella dura ley; pero pronto se le disputó una mujer extranjera.

No hubo ya hombre ni mujer que pudiese levantar en Roma una frente casta. La antigua matrona se convirtió, ó en la Mesalina del poeta ó en la gran prostituta del Apocalipse, que, cubierta de púrpura y de escarlata, prendida con joyas de oro, piedras preciosas y perlas, tiene en sus manos una copa de oro, llena de abominaciones y de impurezas, adonde los hombres van á embriagar, se con el vino de la prostitucion. Instrumento de aquella desenfrenada corrupcion, la mujer recibió por castigo de ella el desprecio de aquellos mismos para cuyos vergonzosos placeres servia; temian degradarse elevando hasta ellos á aquel ser degradado, y fué preciso, para que se viesen algunas uniones legales: que Augusto y sus sucesores diesen premios al matrimonio (*).

(*) Ley Julia, dada 17 años antes de J. C. decretaba el matrimonio, y recompensaba la concesion de ciertos privilegios á los que le contraían. Para multiplicar las uniones legales, Augusto llegó hasta permitir á los patricios que se casasen con hijas de libertos.

Pero al fin apareció en el cielo un gran prodigio: "Yo vi, dice el discipulo querido, yo vi una mujer, vestida del sol, con la luna bajo sus plantas y en la cabeza una corona de doce estrellas; luego un inmenso dragon que tenía tres cabezas y diez cuernos, y siete diademas sobre sus siete cabezas, se paró delante de ella para devorar al hijo que iba á concebir; pero el ejército de los ángeles bajó del cielo, y hubo una gran pelea, y el demonio, vencido segunda vez, fué precipitado al abismo. Cristo se habia hecho carne para enseñar mejor á los hombres á domar el demonio de la carne. El, el Dios fuerte, eterno, infinito, bajó al seno de una virgen; por el solo esfuerzo de su omnipotente voluntad, hubiera podido tomar aquel cuerpo mortal; pero para que quedase borrada la culpa de Eva, para que se levantase la mujer que tanto habia bajado, se necesitaba nada menos que el que una de ellas apareciese al mundo como la madre de Dios, y resplandeciente con todas las glorias de su hijo. Por Maria, la mujer recobró su dignidad."

EL EXPATRIADO.

¡Gué Dios al pobre expatriado que va errante en la tierra!
Atravesé los pueblos y me miraron; los miré tambien y no nos reconocimos. El expatriado se halla solo en todas partes.

Cuando al caer la tarde veia elevarse desde un hondo valle el humo de alguna choza, me decía á mi mismo: ¡feliz el que de noche puede sentarse junto á su hogar rodeado de los suyos! El expatriado se halla solo en todas partes. ¿A dónde van esas nubes impelidas por la tempestad?... Y qué importa saber á dónde van á parar? El expatriado se halla solo en todas partes.

¡Que frondosos son estos árboles, qué bellas estas flores! Pero no son las flores ni los árboles de mi patria: nada me dicen al corazon. El expatriado se halla solo en todas partes.

Este arroyo corre con dulce murmullo; pero su murmullo no es el que oia yo en mi infancia: nada recuerda á mi alma. El expatriado se halla solo en todas partes.

Estos cantos son armoniosos; pero la tristeza y la alegría que suscitan no son ni mis tristezas ni mis alegrías. El expatriado se halla solo en todas partes.

Me preguntaron ¡por qué lloraba! y cuando lo dije me dio lágrima, porque no me comprendieron. El expatriado se halla solo en todas partes.

Vi ancianos rodeados de niños, como el olivo de sus retoños; pero ninguno de aquellos chicos me llamaba su hermano. El expatriado se halla solo en todas partes.

Vi muchachas que se reian con una sonrisa tan pura como el céfiro de la mañana, al ver el objeto que su amor habia elegido por su esposo; pero ni una siquiera se sonrió por mí. El expatriado se halla solo en todas partes.

En la patria únicamente se encuentran amigos, esposas, padres y hermanos. ¡Infeliz expatriado! enguja tu llanto: todos nos hallamos en este mundo expatriados como tú, todos vemos pasar y desaparecer padres, hermanos, esposas y amigos.

Nuestra patria no está aquí en la tierra, y en vano la busca el hombre en este mundo, pues lo que cree su patria es solamente la yegrid de una noche.
¡Gué Dios al pobre expatriado que va errante en la tierra!

LA PROFESION.

CANTICO SACRADO.

I.

Fragantes nubes de aromoso incienso
 Cubren la nave de la vasta iglesia;
 Dulces sonidos despidiendo el órgano,
 De sécura melancía el aire puebla;
 Y las hijas de Dios sus puras voces
 En armónico coro al cielo elevan,
 En tanto que una jóven ora humilde,
 De santa devoción el alma llena.

II.

“Qué horizonte tan hermoso
 “Se abre á la casta doncella
 “Que toma á Dios por esposo,
 “Siguiendo siempre su huella!
 “De Jesus la imágen bella
 “Vé en todas partes brillar,
 “Y manso á sus piés se ostrella
 “De las pasiones el mar!”

III.

Ricos vestidos, esplendentes joyas
 Realzan de la jóven la belleza,
 Y su frente purísima sostiene
 De brillantes magníficas diademas.
 Mas pronto dejará las ricas galas,
 Viendo caer su ríbia cabellera,
 Como las hojas de encendida rosa
 Cuando su furia el aquilon desplega.

IV.

“La que muere en estos muros
 “Alza gozosa su vuelo,
 “Y mil arcángeles puros
 “La suben al alma cielo.

“Flotando el aire su vuelo,
 “Llega al trono del Señor,
 “Y con inefable anhelo
 “Oye su acento de amor!”

V.

Arrodillada en el sagrado mármol,
 Lágrimas tristes por su rostro ruedan,
 Y se despide con doliente voz
 ¡Ay! de los deudos que en el mundo deja.
 Llora su madre y la gentil novicia
 A la Virgen María recomienda;
 Su padre la bendice cariñoso,
 Y su hermanita prosternada ruega,

VI.

“Consuelo del indigente,
 “Amparo del afligido,
 “Serás, Virgen inocente,
 “A quien Dios ha bendecido,
 “Con el pobre y el herido
 “Ejerce la caridad,
 “Y de tu esposo querido
 “Piensa en la suma bondad!”

VII.

El velo cubre el virginal semblante
 De la esposa de Dios cándida y bella,
 Como un sudario, y en las altas bóvedas
 Tañido funeral lento resuena.
 Mas el lúgubre son pronto se apaga:
 Desierto el templo y silencioso queda,
 Y entre la Virgen y el mezuquino mundo
 Se alza gigante una muralla eterna.—T

AULO SILIO.

I.

“Mas Jesús decía: Padre
 mio, perdónalos, que no sa-
 ben lo que hacen.”

San Lucas.

La noche hacia ya tiempo que había extendido sus negras alas sobre el horizonte de Roma, y la luna acababa de ocultar su plateado disco sumergiendo los campos del Lacio en sombras impenetrables, cuando un jóven de aventajada estatura y gallardo andar se dirigía á grandes pasos á la via-apia, por medio de unas hazas incultas y podregosas: era Aulo Silio descendiente de una de las mas nobles familias de Roma y único vástago de ella. Dotado de imaginación volcánica, robustecida por la continuada lectura de los poetas griegos y latinos, se había formado una inmensidad de ilusiones irrealizables en la sociedad en que vivía.

Introducida la secta de Epicuro, ahogada la libertad en Roma por Augusto, y prostituído por Tiberio aquel empirio en otro tiempo de las virtudes republicanas, se convirtió en una cloaca inmundada de los mas bajos vicios. La adulación, la molicie, la prodigalidad, la incontinencia, y sobre todo la maldita sed de riquezas ocupaban todas las clases del estado, y Caton 6 el destructor de Catilina se hubieran avergonzado de ser romanos si hubiesen despertado de su feliz sueño. Imperaban á la sazón Diocleciano y Maximiano Heráculo, y eran cesáres Constantino Cloro y Galerio Maximiano. Orgullosos este último con las victorias que obtuviera de los persas, no pudiendo tolerar que los cristianos ayunasen al mismo tiempo que él celebraba con bacanales sus triunfos, por superstición y crueldad hizo con violentas instancias que el viejo y débil Diocleciano diese aquellos edictos furiosos contra los fieles, edictos que según la expresion del gran Constantino estaban escritos con plumas

bañadas en sangre. La iglesia de Nicomedia fué arrasada, profanados los vasos sagrados y quemados todos los libros al rayar la aurora del día, destinado á las fiestas terminales, y esta fué la señal para que todo el imperio se convirtiese en un lago de sangre.

Por eso Aulo que aun conservaba su corazón puro, vivía fastidiado en medio de aquellas escenas de horrores y de corrupción. Refugióse por último al amor creyéndole su único recurso; pero golpes que resonaron en lo profundo de su corazón, fué lo que recibió en medio de las quimeras que se había forjado: mil veces creyó encontrar el tipo ideal que se creara, y mil veces también sufrió un desengaño cruel. Desesperado al fin, abandonó aquella sociedad corrompida, y se aisló dedicando todos sus cuidados á su madre ya anciana, y reduciendo todas sus diversiones á leer la epopeya sublime de Homero, ó á llorar con Dido y con el desterrado Ovidio. Joven en las pasiones y viejo en las ideas, era un anacronismo entre aquel pueblo, una rosa en medio de un cenagal.

En la tarde de la noche á que me refiero, salió á visitar la fuente Egeya y á contemplar el suntuoso sepulcro de Cecilia Metela; pero despues mirando la tumba vinieron á su mente las ideas que inspiran los que murieron, y sumergido en ellas estuvo, hasta que un sticio murciélago salió del mausoleo, y con su sordo zumbido le sacó de su letargo: conoció entonces que era tarde y se aprestó á retirarse.

Al atavesar aquellos campos abandonados, descubrió al acaso resplandor de las estrellas varios bultos que salian al parecer de la tierra, y que se perdían á poco en la oscuridad. Agitada su fantasía con tan rara aparicion, se acercó cautelosamente al sitio donde la tierra daba paso á estos seres, y descubrió la boca de una caverna (1) por donde salieron dos mujeres al tiempo que llegaba.

La una alta y gruesa mostraba en su pausado modo de andar que ya había pasado la primavera de la vida, la otra mas pequeña y mas airosa tenia movimientos mas ligeros, y su talle era flexible como la palma de Delos. Un velo espeso cubria el rostro de ambas.

Aulo Silio permaneció inmóvil; era aquella aparicion tan nueva, pesó tan rápidamente, que no hallaba en su imaginacion á que atribuirle; pero luego que salió de este estado de sorpresa, siguió como por instinto las dos mujeres que ya casi se perdian en la oscuridad.

Mil pensamientos bullian en su cabeza mientras las veia á lo lejos como dos fantasmas. Unas veces creia exaltado con Homero que eran Ceres y su hija Proserpina que salian del reino de Pluton, otras que eran dos genios, ya en fin, dos estátuas griegas que se habian puesto en movimiento, tal vez Niobe y su

(1) Las catacumbas de San Sebastian que se hallan en este sitio y que servian de iglesia á los primitivos cristianos.

hija (1). Pero estas suposiciones le raron las fué desechando sucesivamente. Un acontecimiento impervisto cambió todas sus ideas.

Tocaban las mujeres los linderos de la via-apia cuando fueron detenidas por dos hombres que saltaron de un sepulcro y las arrastraron violentamente consigo. Silio oyó sus ahogados gemidos y voló á socorrerlas: de un golpe derribó á uno de los raptos, que no esperaban tal contrario, y apoderándose de su espada puso en fuga al otro despues de una ligera resistencia.

Las mujeres luego que se repusieron del susto, le dijeron con un tono dulcísimo: Dios y su Madre os premien, heali aqui le unta... Aulo se ofreció á servirles de custodia hasta la ciudad, y aceptaron con agrado. En seguida entablaron plática durante el camino, y el romano encontró tanta sabiduria en las palabras de la madre (pues así la llamaba la mas pequeña) y tanto candor en la hija, que dudaba si eran humanas: aquellos seres, aun despues de haberles visto llorar.

—Creo que son pretorianos (decia el jóven) los que os han asaltado sin duda para robaros: siento mucho haber dejado impune su delito. —La venganza (contestó la madre) nos la prohibe Dios; él mismo dió el ejemplo pidiendo á su padre celestial por los que acababan de crucificarle y lo estaban befando.

—Tambien podrán arrepentirse (añadió la hija) y Dios es misericordioso. Estas palabras sencillas penetraron el corazón del jóven romano. —¿Qué Dios prohibe la venganza? —(decia en sus adentros). —¿Qué Dios rogó por los mismos que le estaban crucificando? —¿Cuál es el Dios de la misericordia? Ninguno conozco con estos atributos. Sumergido en tales pensamientos, llegó á Roma y á la casa de las mujeres: que se despidieron de él llenas de agradecimiento.

Aulo Silio se retiró á su habitacion ocupado por ideas que hasta entonces jamás le habian ocurrido.

La esperanza de hallar aquel ser puro y bello que tanto buscaba, volvió á renacer en su alma. Las palabras de la madre le admiraban; pero las de la hija llegaban á su corazón: no la habia visto; mas en aquel cuerpo airoso y gallardo no podia haber una cabeza mal formada, y solo una boca linda podia despedir sonidos tan armoniosos. Así sueñan los enamorados.

Pensativo, filósofo, pero mas animado llegó á su casa, y aquella noche estuvo menos triste que las otras.

(1) Este grupo ha sido descubierto en el siglo pasado, y el sabio anticuario Winckelman dice que es una de las mejores obras de los artistas griegos.

...No se baja el ramaje de los bosques, ni sobre los céspedes de las fuentes, donde se presenta la virtud con su mayor poder: es preciso mirar en la oscuridad de las prisiones y entre los arroyos de sangre y de lágrimas.

Chateaubriand, *Genio del Cristianismo*.

Pasáronse ocho días sin que Aulo Silio hubiese vuelto a ver á la madre ó la hija, y tambien le habia sido imposible encontrar la casa donde las dejó la noche que las salvó.

De nuevo le entró el desahiento, y las brillantes esperanzas que se labian refrescado en su alma se marchitaron poco á poco.—Nueva hoja seca y caída del árbol de su corazón.

El noveno día salió deseando respirar el aire libre, y al atravesar por junto al teatro de Marcelo vió un inmenso gentío que cubria la entrada del suntuoso palacio de la Justicia edificado por Augusto. Se dirigió allí por curiosidad, y poco á poco fué arrastrado por la turba hasta que se halló en una sala espaciosísima; en el extremo opuesto á donde estaba el joven Silio, se levantaba un trono en cuyo centro habia un rico asiento de marfil terminando por la estatua de Temis, diosa de la equidad, de la paz y de la ley. El pretor estaba sentado en esta silla, y á su derecha los sacrificadores y un pedestal con la estatua de Diocleciano; á su izquierda centuriones y soldados; delante azotes, grillos, esposas, uñas de hierro y cadenas; una máquina de tormento, una hoguera pequeña á hornillo, infinitos instrumentos de suplicio y muchos verdugos. Lo restante de la sala lo ocupaba el pueblo.

Aulo oyó preguntar al magistrado:—¿Cuáles son vuestros nombres?—Una voz de mujer dulcísima y no reconocida para el poeta, respondió:—Guiliceria y mi hija Sara.

La sangre del joven romano se agolpó á su corazón al oír esta voz; en el instante Aulo se abre paso al través de la multitud, y llega hasta una baranda de hierro que separaba al pueblo del tribunal: allí mira al reo con ojos desencajados, y ve en medio de los verdugos á las dos mujeres que salvó en la via-apia, pero ambas sin velo, cargadas de cadenas y en un traje distinto.

Si ilúico y respetuosa se habia representado el poeta á la madre, aun lo era mas su noble figura, y el rostro de la hija sobrepajaba en candor y belleza á cuantos creó su imaginación: la tez del jazmin es menos delicada y fresca que

su ótita; su boca era una granada entreabierta, y sus ojos los de una gacela; brillaba en sus mejillas el sonrosado color de la virginidad y en su alma frente la inocencia purísima: era hermosa como Ester.

Madre é hija llevaban tónicas azules, coturnos y mantos negros (1).

Aulo Silio al verlas quedó inmóvil y como fascinado.

El juez siguió la interrogacion dirigiéndose á ambas.

—¿Teniais noticia de los edictos que se han publicado contra los cristianos?

—La toninimos, contestaron madre é hija con entereza.

—Pues entonces, ó sacrificad á los dioses, ó vais á ser atormentadas.

—Nosotras no sacrificamos (contestan) sino á Dios uno y trino que crió el cielo y la tierra y murió por salvarnos. Este nos dará valor para que suframos los tormentos.

El pretor entonces manda preparar la tortura y que la sufran Gliceria y Sara. Los verdugos obedecen y se apoderan de ambas; extienden sin piedad aquellos cuerpos delicados sobre el ferreo caballete y dan un impulso bárbaro á las ruedas. Los débiles miembros de Gliceria y Sara crujen de un modo horroroso, y las lágrimas se deslizan con abundancia por sus rostros contraidos y desfigurados por agudísimos dolores.

Aulo Silio lloraba tambien, y la cólera brillaba en sus ojos, que brotaban sangre casi.

—Sacrificad, dijo el juez algo conmovido.

—Solo á Dios verdadero que murió por salvarnos, respondieron entre ahogados suspiros; pero en medio del dolor sus ojos se elevaban al cielo con una expresion divina.

Irritado el pretor con esta constancia, manda que les den nuevos tormentos. Los verdugos rodean con un borceguí de bronce el pequeño pie de Sara, y lo comprimen fuertemente sin cuidarse de sus gritos; á su madre que la animaba la golpean con azotes de abrojos puntiaguados.

Silio estaba fuertemente conmovido y agitado por diversas ideas; pero al ver oprimir tan sin piedad aquel pie donoso que él hubiera puesto sobre su corazón y aquella resistencia tan heroica en seres débiles, no duda mas; salta la baranda de hierro, derriba la estatua de Diocleciano que hacia de Dios, derrama el incienso, vuelca los flameros, y dice:

—La religion que da ese valor á seres tan débiles, es la verdadera; las demás son adulaciones, creaciones de los hombres, mentiras. Martirizadme, soy cristiano.

No era ya aquel joven mustio que atravesaba las calles de Roma con los ojos bajos: era Natan reprimiendo á David, Moisés derribando el becerro de

(1) El traje de los mártires.

oro y rompiendo colérico las tablas de la ley. Sus ojos estaban animados de un fuego divino, y parecía que su cabeza despedía rayos de luz.

Los soldados luego que se recuperaron de la sorpresa y terror que les inspiró acción tan atrevida é impensada, se arrojaron á él y le muniaron. Gliceria y Sara dieron gracias á Dios por la conversion de aquel jóven, y el pastor mandó que retirasen á los tres cristianos y los condujesen á la cárcel Mamertina hasta que la clemencia del emperador determinase si habian de ser quemados ó arrojados á las fieras.

Ya habian pasado tres dias despues del juicio que he referido, y tambien el dia anterior se habia celebrado la comida libre; el cuartu por la mañana el pueblo esperaba impaciente en las puertas de la cárcel Mamertina. Aquellos umbrales los habian pasado otras veces reyes para seguir el carro triunfal de los cónsules y emperadores; ejércitos enteros arrastrando cadenas; ahora serás débiles para ir á recibir el martirio.

Abrieron las robustas puertas reclinando sobre sus goznes de bronce, y el pueblo da paso á una larga comitiva. Marchaban delante los patricios romanos en yeguas negras como la noche sin luna, con cascos rematados por una loba de metal, con relumbrantes corazas y largas espadas de Iberia; seguíanlos la infanteria precedida de un centurion y de un águila, y despues entre espesas filas de soldados mercenarios iba Aulo Silio cargado de cadenas, y detrás de él Gliceria y Sara casi arrastrándose por lo maltratado de sus miembros. Sus rostros, aunque marchitos por los dolores, conservaban su hermosura y una sobrenatural alegría brillaba en ellos.

Ambas mujeres animaban al jóven romano, que marchaba contento á dar su vida por una religion que hacia cuatro dias habia abrazado, y que tenia entusiasmada su alma. Es tan dulce tambien cuando se acerca el momento de salir de esta vida miserable y llena de espinas, oír hablar de otra, y de otra mas feliz!

Un nuevo golpe le esperaba el catecúmeno, mas terrible casi que la muerte. Cuando se acercaba la fúnebre comitiva al lugar del sacrificio, una mujer anciana, desgrenada, los ojos desencajados y que apenas se sostenia en sus débiles piernas, se dirige al jóven romano al través de la multitud y se abraza con él á pesar de los soldados que lo quisieron impedir.

—Hijo mio! decia entre sollozos, ya te encontré, ¿dónde has estado?... ¿No has venido á ver á tu anciana madre! Te he buscado á pesar de mi flaqueza y no te he hallado. ¿Qué tienes?... ¡Dímelo!... ¿Por qué no me abrazas!...

—Observa entonces la desolada madre las cadenas que sujetaban las manos de su hijo, mira los soldados que le rodean, y calla por un momento; luego sigue. —Pero qué es esto?... ¿Tú entre cadenas?... ¿Tú rodeado de soldados?... ¿Tú... ¡quién eres tan bueno!... ¿Qué has hecho?... ¿No me respondes?... ¡gloria!...

—Madre mia, soy cristiano, oh no me espantes el nombre! ¡si asi me llaman!... —Tú serás lo que quieras; pero ¿por qué estas cadenas? Soltadme, que es mi hijo, Aulo Silio (y cubria el rostro del jóven de besos y de lágrimas). Aulo no queria dar á su madre, á lo que mas amaba en el mundo, la terrible noticia. Un pretoriano descubrió la verdad con brutal lenguaje.

La madre entonces se abraza mas estrechamente con su hijo, y grita: —No, no, él sacrificará á los dioses, no quiere que muera su madre, y si él muriese, yo le seguiria. Quitadle las cadenas (añadió con imperio).

Silio estaba inmóvil con el corazon traspasado de dolor tan intenso y fatigoso, que no podia llorar: no sentia su muerte; pero su madre estaba allí, anciana, desvalida. Casi dudó su alma, poco firme todavia en la fe. Esta misma sin embargo le consoló: recordó que Jesucristo murió clavada en un madero por salvar al hombre, que su Madre Santisima al pié de la cruz contempló á su Hijo dar el último suspiro entre mil tormentos, y que el Salvador vió las penosas angustias de su Madre y la sufrió por el hombre.

Esta reflexion le mantuvo firme. Los soldados en tanto cansados de los exclamaciones de aquella vieja, la separaron bárbaramente de su hijo, y á éste le hicieron andar á empellones.

La madre se desmayó al retirarla de Aulo Silio, y no pudiendo su débil salud resistir á las sensaciones tan fuertes que habia sufrido; cayó en un delirio espantoso. Unas mujeres cristianas la condujeron en brazos á su casa.

Silio empujado por por dos verdugos andaba dejándose el corazon atrás: sólo el que consoló á Job pudo aminorar con el balsamo de la misericordia sus dolores: tambien Sara y Gliceria le alentaron con sus dulcísimas palabras, parecidas á las armonías de los ángeles.

Llegan al fin al lugar del suplicio donde una hoguera los aguardaba; su rojiza llama alumbrada por el sol y destacándose en una atmósfera pura y azul era horrible.

Los tres cristianos se pusieron de rodillas y pronunciaron una breve plegaria. Los verdugos les intimaron por última vez que sacrificasen á los dioses, y ellos por respuesta se aproximaron á la hoguera. El centurion entonces hizo una señal, y los ayones precipitaron en el fuego á Aulo Silio, Gliceria y Sara. Las llamas bajaron al principio dejando descubiertos los mártires, que estaban de rodillas con la vista en la region de los bienaventurados, á poco el humo y el fuego los ocultaron para nunca mas parecer.

La gloria se abrió y recibió en su seno las tres almas coronadas de estos dichosos mortales.

J. JIMENEZ SERRANO.

BONNIVARD PRISIONERO.

Malograda la empresa de Bonnivard cuando quiso dar la libertad á Génova, ese caudillo fué preso y encerrado en Chillon. Atáronle allá por medio del cuerpo con una cadena, cuyo extremo estaba clavado en un pilar: seis años pasó de esta manera sin poder adelantar sus pasos mas de lo que le permitia lo largo de la cadena, obligado á echarse siempre en el mismo lugar, girando continuamente en torno del pilar cual fierá enjaulada. En esa larga noche, no interrumpida por ningun dia, cuyo silencio turbaba únicamente el ruido de las olas del lago; durante seis años, durante esa eternidad, no dió un grito, no exhaló una queja sino cuando el cielo desencadenaba el huracán, cuando la tempestad levantaba las olas, cuando la lluvia y el viento azotaban los muros de su cárcel; porque entonces su voz se perdía en la grande voz de la naturaleza; porque entonces solo Dios podia distinguir sus gritos y sus sollozos, y sus carceleros, que nunca habian podido complacerse en su desesperacion, al dia siguiente lo encontraban tranquilo y resignado, porque ya la tempestad se habia calmado en su corazon, como en la naturaleza. A no haber sido así, mil veces se hubiera destrozado la cabeza contra el pilar, mil veces se hubiera ahogado con la cadena: á no haber sido así, no hubiera podido aguardar el dia en que un gran tumulto derribó las puertas de su cárcel y multitud de voces clamaron á la vez:

—¡Ya estás libre, Bonnivard!
 —¡Y Génova?
 —¡Libre tambien!

VISITA AL CEMENTERIO.

¿Ves, hijo mio, aquella santa cruz? Es el reverenciado símbolo de nuestra redencion, es el único blason de esta morada. Aquí desaparece toda gloria vana y terrestre; todo se nivela con la guadaña de la muerte: así el mausoleo de mármol como la sencilla losa tienen por remete una cruz; pues el que durante su vida tuvo dudas, cree y se arrojante en la hora de la muerte, y entonces coloca su frente debajo de la cruz de Jesucristo, único escudo contra el castigo celestial.

Aquí todos reposan con la misma tranquilidad; y ¡sin embargo, el aspecto de su último asilo es diferentel Mira aquel sepulcro guarecido por esbeltos y trémulos álamos; escucha los pájaros cuyo gorjeo parece un himno á las virtudes de la que allí descansa... Aparta esa rama... ¡ec... Aquí yace una buena madre... ¡Una buena madre! ¡Cuántas bendiciones encierran estas palabras! ¡Sin duda ha dejado piadosos hijos que la floren, que rueguen á Dios por su alma!... ¡Arrodíllate, hijo mio! así es como debes dirigir tu oracion al Eterno.

ELEGIA.

Tú que elevando la tranquila frente
 Marchas de luto y de silencio llena,
 Y tu estrellado velo
 Tiendes, ¡oh noche! en majestad serena.
 Por el fulgente cielo;
 Dulce concede plácida acogida
 En tu regazo blando.
 Al que cansado de arrastrar su vida,
 Bajo el peso fatal que su alma agobia
 Respira sollozando.
 Todo es reposo en tí: por blandas flores
 Aquí el arroyo su cristal desata,
 Contemplando en su curso perezoso
 Tu carro adormecido y silencioso
 Coronado de sombras y de plata.

Y mas allá... ¡qué lúgubre gemido

Tu hondo silencio á quebrantar se atreve!
 ¡Será tal vez que el viento que escondido
 Manso susurra entre la rama leve,
 Depuesto ya su furibundo ceño?
 ¡O la tímida virgen que suspira,
 O el eco plañidor de infansto sueño?
 Mas no... un sepulcro solitario miro.
 El genio del dolor el himno canta,
 Que al fuerte eleva y al feliz espanta.
 ¡Salud, paz del sepulcro! en tu hondo seno
 Sorda enmudece la profana lira.
 Horror no causa el espantoso trueno,
 Y la voz del placer helada espira.
 ¡Quién en tu abismo cóncavo se esconde!
 Al inspirado son del plectro mio
 Rompe el silencio del sepulcro frio,
 Eternidad, responde.

Purpúrea faja retinó sangrienta
 La tibia luna, y su esplendor cubria

Con fuego misterioso;
El rayo cruza el aire; brama el trueno;
Y ella en su curso lento parecía
Mancha de sangre sobre azul sereno.
Con sonante fragor rómpese en tanto
La losa sepulcral, y en el momento
Mi vista se hunde en su profundo asiento.
Lo que entonces miré, dígame el llanto
Y el concertado son del triste canto.

Bella como entre nácaras llevada
Pálida reina de la noche umbrrosa,
Que de blancos jazmines coronada
En la trémula fuente se reposa,
Ví en el cóncavo seno de la tumba
Una beldad que en plácido desmayo
Estar me parecía,
Como la rosa que parece en Mayo
Al espirar el moribundo día.
¿Quién con su aliento empozoñado pudo
Helar el seno que antes palpitaba,
Ajar el blanco lustre en que brillaba,
Y cortar de su vida el bello nudo?
Esto dije: y lanzando hondo gemido
Un eco me respondió:
"Quien la beldad en el abismo esconde
"Es quien en luto y destrucción se goza,
"Y en el yermado campo de la vida
"Empozoñado sella
"Con dura planta inextinguible huella.
"Tú que el silencio del sepulcro rompes,
"Alza la frente y mira
"Cómo espantoso en el espacio gira."

Pavoroso estampido
Rueda sonando entonces en occidente,
Las alas agitando
Hórrido monstruo la nublosa frente,
Pálida y sola ostenta
En medio al aire infecto que respira,
Y en el suelo su sombra delineando

Entre las nubes espantoso gira,
Cual negro torbellino
Da horrosos precursor, hiende la esfera,
Que en luto tiñe su fatal carrera:
Como tormenta inuda,
El silencio pasa,
Fatídico esplendor de ardiente rayo,
Que nace y muere, y cuando mira abrasa.

¿Pero qué acento dulce y melodioso
Como el último son de arpa que gime,
Hierde mi pecho que el dolor oprime
Con eco misterioso?
Allí un ciprés . . . su solitaria rama
Que el viento suave mece
Con la nocturna llama
Y al vapor de la tumba se alza y crece.
¡Una lira también! . . . ¿por qué tus cuerdas
¡Ay! mudas yacen, y la voz del viento
Solo susurra en ellas
Con monótono acento
Al pálido brillar de las estrellas?
Y tú que silencioso y reclinado
Sobre la rama funebre suspiras,
¿Eres el Genio de la noche airado
Que los vapores de la muerte aspiras?
Y si eres un mortal, ¿por qué do crece
Mustio ciprés y solitaria rosa
Que el viento de la tumba solo mece,
Tu vacilante planta se reposa?
—"Lloro infeliz á mi perdida esposa."

Un rayo entonces la tranquila luna
Lanzó por entre el funebre ramaje:
Laciendo desmayado,
En su pálida frente se retrata:
Al desliz callado,
Orla parece de lucente plata,
O de nieve sutil copo escarchado.
Al dudoso brillar con que le hierde
¿No miro que el laurel sacro le cite,

Que verde fúe, pero marchito muere!
Claro y luciente acero
Brilla á su lado: en tersos resplan lores
Refleja en el guerrero
El lustre y sacro honor de sus mayores.
—¡Hijo del canto! La callada lira
¿Por qué dada al olvido
Tan solo lanza funeral gemido,
Y no los himnos del dolor suspira?

Alto prócer de Iberia,
Al funesto gemir dado tan solo,
¿El plectro romperás que te dió Apolo,
La frente humillarás al infortunio,
Que tu seno devora?
La musa es el dolor, vate el que llora.
Cuando en torno á su frente laureada,
Nube espantosa pálida se mece,
Y del rayo humeante acompañada
El mortal que la mira se estremece,
Entonces mas seguro
Alza la voz, y el sublimado acento
Lleva sonando el viento
Hasta el abismo oscuro:
El abismo le escucha ensordecido:
La destruccion le inspira:
La destruccion tambien suene en tu lira.
¿Por qué lanza tu pecho hondo gemido!
—“No goza ya la luz del claro dia
“El dulce encanto de la musa mia.
“Mis dedos ¡ay! las cuerdas ya no hieren,
“Ni ya los vientos mi cantar elevan:
“Ella murió.”—La tumba es el destino.
Así las sombras de la noche mueren;
Así los ríos á la mar se llevan
En su fatal camino. . . .
Probó á cantar; pero la voz helada
Murió en el pecho frío,
Y con sordo gemir solo responde
Al destemplado son del canto mio.

JUAN DONOSO CORTES.

HEROICIDAD DE LAS MUJERES.

Una viuda, en la flor de la edad, desplegó por su amante encarcelado en uno de los departamentos del norte, una energía que no tuvo un éxito tan feliz. A la primera noticia de la prision de aquel, corre á solicitar su libertad; mas sus ruegos son repelidos: pide la gracia de verle, ó de ser encerrada con él; niegásele todo; vuela en fin á la ventana de la prision, que daba sobre la calle, allí espera el momento de verle, y la fortuna oye sus votos. Todos los dias, á todas horas viene allí á consolar á su amigo, arrojando la lluvia, el viento y las centinelas, peores que todas las injurias de los elementos. Mas un dia, en el momento que llega ¡qué espectáculo se ofrece á sus ojos! Un carro que parte para el suplicio, y su amante en él con otras muchas víctimas. A la vista de estos objetos se precipita sobre los caballos, quiere detenerlos y llama al pueblo á su socorro, pidiéndole que impida la muerte del objeto de su amor. Los satélites la cogen; mas ella, aunque en vano, trabaja por desasirse de entre sus manos para volar hácia el desgraciado, que la arrabatan: siempre retenida por ellos, les echa en cara su cobardo obediencia á los tigres que los mandan, y les pide que la hagan participar de la suerte de lo que mas ama. En fin, al querer aquellos alejarla, toma el sable de uno de ellos y se traspasa el corazon. Su sangre corre; la multitud se commueve, los soldados se detienen asombrados; el amante se desmaya y sus compañeros de infortunio olvidan el golpe que los espera, para no ocuparse sino de la situacion de este desventurado. Entre tanto los municipales acuden y hacen levantar el cadáver. El carro homicida llega á su fatal destino, los condenados espiran bajo la hacha cruel, y la memoria del suicidio de esta amante magnánima va á perderse en los torrentes de sangre, que cada dia vió correr en los terribles dias de la Revolucion francesa.

Madama C. . . r probó tambien su amor á Mr. Boyer, muriendo con él. Los dos estaban presos en Paris. Un dia Mr. Boyer es citado como testigo ante el tribunal; sus compañeros de desgracia concieron que no le volverian á ver, y todos fijaron los ojos sobre su amante, que al parecer muy tranquila se encerró en su cuarto para escribir. Uno de los amigos de esta, temiendo que su tranquilidad aparente no ocultase un proyecto siniestro, espío sus pasos é interceptó una carta que escribia al acusador público. Esta carta le reveló todo lo que se pasaba en esta alma abrasada. Madama C. . . r hacia en ella votos por la vuelta de la monarquía, que era lo mismo que pedir la muerte. Ella la esperaba; mas viendo que no se cumplian sus deseos, temió que su carta no hubiese llegado á quien la dirigia, y escribió otra, tomando bien sus medidas para evitar la suerte de la anterior. Entre tanto sus amigos la ocultaban los diarios, porque su amante se hallaba en la lista de los ajusticiados; pero ella les decia: *Yo sé que no existe; no me ocultéis nada, tengo valor.* Habiendo en fin confesado que lo habia perdido todo, recibió este último golpe con la mayor firmeza, y se retiró segunda vez á su cuarto. Allí volvió á leer

todas las cartas de su amigo, se hizo una cintura de ellas y pasó el resto de la noche ocupada en llorarle. Al día siguiente se vistió con una compostura estudiada, y á la hora del desayuno, estando en la mesa con sus amigos, como oyese el son de la campana: *A mí es á quien llama*, exclamó con gozo: *adios amigos míos; soy feliz, pues que voy á seguirle*. Dicho esto, cortó sus hermosos cabellos y los repartió entre sus amigos, luego dió al uno una sortija, al otro un collar, y se separó de ellos después de haberles podido que echasen algunas veces una mirada sobre sus dádivas. Presentada al tribunal, y preguntada si había escrito la carta por la que se le hacia comparecer ante él: *Si, crueles*, respondió, *yo soy la que os la ha dirigido: habeis asesinado á mi amante, asesínadme á mí tambien: os presento mi cabeza*. Llegada al cadalso, exclamó: *Aquí es donde ha perecido ayer á la misma hora: veo su sangre; verdugo, ven y mezcla con ella la de su amante*. Después de haber pronunciado estas palabras, tendió el cuello al hierro asesino, repitiendo hasta el último momento el nombre que adoraba.

La ternura fraternal inspiró tambien sacrificios dignos de ser citados al lado de los del amor y del himeneo.

Después de la rendición de Leon, una jovencita entró desesperada en la sala del tribunal revolucionario gritando: *De mi familia solo me quedaban mis hermanos, y acaban de hacerlos arcabucear; ordenad, por Dios, que perdonen yo con ellos*. Abrazaba las rodillas de los jueces, dirigiéndoles esta supplica, y viéndola desechada corrió á arrojarse en el Ródano.

Casi toda la Francia se había convertido en una arena sangrienta, en que todos los sentimientos se disputaban el honor peligroso de servir al infortunio; pero la piedad filial, consagrándose á su defensa, adquirió un nuevo grado de interés por el contraste del heroismo con la juventud y la inocencia.

Mademoiselle Dellegrace dió un admirable testimonio de amor filial. Su padre, enviado desde los calabozos de Leon á una de las cárceles de Paris, partió para esta ciudad. La jóven Dellegrace, que no se había separado de él jamás, pidió al conductor que la admitiese en el carro donde iba el autor de sus dias. Sus ruegos fueron inútiles; mas el corazon conoce acaso obstáculos? Aunque de una constitucion débil, hizo el camino á pié, siguiendo mas de cien leguas el triste carruaje, y no alejándose de él sino para ir á preparar en todas las ciudades por donde pasaba, la comida para su padre, y para proporcionarle una cobertura que facilitase su sueño en los diversos calabozos que le aguardaban. Llegado aquel á la cárcel de Paris, esta hija admirable, acostumbrada á mover á los carceleros, no desesperó de desarmar á los opresores: Todas las mañanas por espacio de tres meses iba á implorar á los principales miembros de la junta de salud pública, y al fin consiguió vencerlos. Triunfante volvía con su padre á Leon, orgullosa de haberle salvado; mas el cielo no le permitió gozar de su obra. Cayó enferma en el camino, consumida de fatiga, perdió la vida, despues de haber conservado la del que le había dado el ser.

El rasgo de la jóven Bois-Berenger es tambien admirable. Su padre, su madre y su hermana habían sido procesados; ella sola parecia olvidada por los asesinos de su familia. ¡Cuántas lágrimas le costó esta funesta preferencia! En su desesperacion exclamaba: *¡Estoy pues condenada á sobreviviros! ¡No moriremos juntos!* Se arrancaba los cabellos, abrazaba á su padre, á su madre y á su hermana, las bañaba en sus lágrimas repitiendo con amargura: *¡No moriremos juntos!* Por fin el decreto tan deseado llega. Desde entonces se acaban sus pesares y sus lágrimas, y no se explica sino con trasportes de gozo. Abraza de nuevo á sus padres, diciendo: *¡Moriremos juntos!* Se habria dicho que tenia en sus manos la libertad de estos y la suya. Se adorna como en un dia de fiesta, corta ella misma las trenzas de su bella cabellera, y al salir para el cadalso estrechaba entre sus brazos á su desgraciada madre, cuyo abatimiento era su sola pena. Ella sostuvo hasta el cadalso su espíritu desmayado. *Consolaos*, le decia, *consolaos; ¡no soy feliz! No llevais el menor pesar á la tumba: toda vuestra familia os acompaña, y vais á recibir la recompensa que merecen vuestras virtudes*.

Hubo muchas mujeres á quienes la humanidad sola excitó á este noble desprecio de la vida, que otras mostraron por adhesion á lazos sagrados.

El célebre Condorcet se veia perseguido en esta época espantosa. Una de sus amigas le hizo la proposición de ocultarle, mas él rehusó, diciendo: *No estariis fuera de la ley*.—Y qué, replicó aquella, *¡estoy fuera de la humanidad!* Esta respuesta no movió al filósofo, y algunos dias despues se le halló muerto por sus propias manos en una aldea de las cercanías de Paris.

Madama Le Jay fué mas feliz, pues recogió á Mr. Doulet de Pontecoulant, y su celo fué tan ingenioso, que logró salvar la vida de este y la suya.

La sobrina de un sacerdote de Brusela tuvo la misma dicha, socorriendo á un francés que se habia refugiado en esta ciudad en aquellos dias sangrientos. Era despues de la batalla de Fleurus, cuando las tropas francesas entraron en la Bélgica. El refugiado huia, temiendo ser cogido en Brusela; una muchacha, que estaba sentada en una puerta, movida por solo el interés que inspira un desgraciado, le detiene, diciéndole: *Sois perdido si vais mas lejos*.—Si reátrocedo, lo soy tambien.—*Pues bien, entrad aquí*.—El francés acepta, y la muchacha despues de haberle dicho que le recibia en casa de un tio que no le permitiria salvarle si sabia á quien recibia, le condujo á una troje donde se ocultó. Apenas empieza á oscurecer, la suerte lleva allí unos soldados que hacen cama de la troje. La muchacha los siguió, sin que ellos la advirtiesen, y así que los vió dormidos, fué á sacar al francés oculto en este lugar poco seguro; mas cuando este salia, uno de los soldados se despierta y le coge por la mano. A este movimiento la muchacha se lanza entre ellos, diciendo: *Soltadme, soy yo que vengo*. . . No tuvo necesidad de acabar el soldado engañado por el acento mujeril, soltó al francés. La libertadora condujo á este á su propio cuarto; tomó allí las llaves de la iglesia, y le llevó á ella á la luz de una